la falda del monte? La belleza viril de su semblante severo es imponente; su cabeza se eleva por encima de los demás discípulos, como el sombrío pino sobre el oloroso abedul; su espesa cabellera rizada cae graciosamente sobre sus robustos hombros, y la fuerza y la energía se revelan en toda su persona. Sin embargo, ¿debo decirlo, hermanos mios? hay orgullo en la nobleza de su actitud; una expresion de fiera inquietud se mezcla á ese orgullo, y esa inquietud parece proceder más bien de los combates interiores de un alma alarmada, que del temor de perder al maestro querido, á quien no tiene apariencia de buscar. ¿No contestais, hermanos mios? ¿Os habré acaso ofendido atreviéndome á dudar de la virtud de ese discípulo? Yo mismo me reprendo por mis injustas sospechas, y le pediré perdon delante de vosotros, cuando rodeado de la gloria de los mártires, lo vea cerca del trono del Eterno.»

El ángel Ithuriel le contesta suspirando:

—«¡Ah! El silencio acaso convenga más á mi dolor; pero tú lo quieres, Sélia; en hora buena, te hablaré de él. Judas Iscariote es el nombre de ese jóven orgulloso: yo apartaria con indignacion mis ojos del culpable, si en otro tiempo no hubiera amado la virtud, si el Mesías no lo hubiera elegido por discípulo. Ahora comprendo por qué el Eterno ordenó al más grande de los serafines extender una densa nube sobre uno de los asientos de oro destinados á los doce apóstoles del Mesías, que no habian nacido aun. Comprendo por qué Gabriel se veló el semblante, cuando yo pasé cerca de él llevando á la Tierra el alma de Iscariote, cuyo cuerpo mortal iba á dar al mundo una madre abandonada en el momento del parto... ¡Desdichado Judas! ¿por qué viste la luz, si habias de deshonrar el sublime nombre de discípulo de Cristo?»

Ithuriel calla, y Sélia le interroga de nuevo:

—«Acaba, hermano mio: tus revelaciones me estremecen, y sin embargo, ardo en deseos de saberlo todo.»

—«El amor del oro y las distinciones lo ha perdido, repuso Ithuriel: esa pasion ha hecho nacer en él la envidia y todos los vicios corruptores que la acompañan. Odia á los demás discípulos y á Juan especialmente, porque se imagina que el Mesías lo prefiere. Pero ¿qué digo? ¡odia hasta al Mesías!... Persuadido de que el Hijo del Hombre ha venido á fundar un imperio mundano, teme que distribuya á los demás las riquezas, las dignidades y el poder, únicas cosas que halagan su culpable ambicion.

«Yo procuro apartarlo de los criminales proyectos que forma su fascinado espíritu; pero Satanás lo sigue por todas partes, le inspira, le guia, y se rie de mis esfuerzos en disputarle la víctima. ¡Ah! Si pudiera entrar en los decretos del Eterno retener á Satanás cautivo en el fondo del abismo, Iscariote vendria á ser digno de la misericordia del Mesías; del Mesías que lo ama aun, aunque conoce el horrible crímen de que ha de hacerse culpable... Huyamos, huyamos de aquí: no puedo sufrir por más tiempo la vista del traidor.»

Con el alma llena de tristeza, los serafines se acercan á los sepulcros: Salem le sigue de lejos. Este habitante del Cielo es el segundo protector de Juan; porque Jesús ha querido dar dos ángeles custodios á su discípulo amado. Rafael, noble serafin del trono, vela sobre él; pero cuando á veces tiene precision de dejarlo, entonces lo confia al jóven y dulce Salem.

Conmovido por el dolor de Ithuriel, el adolescente de los Cielos se arroja en sus brazos. El candor de la inocencia respira en su semblante; y sus lábios, semejantes á las

puertas de la Primavera que entreabre la primera sonrisa de la naturaleza, dejan escapar estas consoladoras palabras:

—«Enjuga tus lágrimas, noble serafin; mira al amable Juan dormido cerca de su maestro, y no pensarás ya en Iscariote. Juan es puro como un habitante de los Cielos; Jesús lo ama, y es amado de él, como se aman Elohá y Gabriel, como se amaban Abdiel y Abbadona antes de la rebelion de este último contra el Eterno. Cuando el alma de Juan fué confiada á la guarda de Rafael y á la mia, sabíamos que la virtud fluiria de la esencia de esta alma, como la luz se escapa de las primeras tintas purpúreas que anuncian la vuelta del Sol. Todas las almas del Cielo lo sabian tambien, y voy á repetir el solemne himno con que celebraron su nacimiento:

«¡Salve, alma inmortal! ¡Salve, hija divina del soplo de Jehová! De la plenitud de tu sér se escaparán pensamientos suaves y benéficos, como el rocío que una nube matutinal deja caer sobre la Tierra; de tu corazon emanarán sensaciones inefables, como las lágrimas de alegría que derraman los ángeles á la vista de un mortal virtuoso. ¡Hija divina del soplo de ehová! desciende á la Tierra á habitar un cuerpo tan perfecto como puede serlo la materia. Este gracioso vaso se convertirá en polvo; pero tu Salem te encontrará entre los muertos, y te adornará con una nueva belleza, para conducirte á los brazos del Mesías.»

Salem cesa de cantar, y los dos serafines contemplan al discípulo amado de esús, á la manera que tiernos hermanos contemplan á su hermanita dormida sobre un lecho de flores recien abiertas, bellas y suaves como ella. La jóven ignora que en aquel momento su padre está pálido y lívido en un lecho de muerte, y sus hermanos, que vienen á darle la triste nueva, callan y retienen sus sollozos.

Quebrantados por la fatiga y el dolor, los demás discípulos se han dormido en diferentes parajes del monte: unos han elegido el olivo de extensas ramas, que forman un ámplio y bajo sombraje; otros se han acostado en estrechos valles undulados por verdes repechos; habiendo preferido la mayor parte la sombra del majestuoso cedro, cuya copa, ligeramente agitada por la brisa, esparce sus largas sartas de diáfanas perlas. Juan, solo, reposa junto á su maestro, bajo las bóvedas sepulcrales, donde brillan lágrimas heladas, que caen lentamente sobre el polvo de los muertos.

Iscariote se ha dormido no lejos de Lebbeo, de quien es pariente y amigo, y su sueño es fatigoso y agitado. Satanás, que mientras conversaban los serafines se habia ocultado en una caverna inmediata, se lanza á los aires, se detiene por encima de Judas y lo cubre con su sombra. Bajo esta influencia infernal, el corazon del discípulo late con más celeridad, se amolda al crímen, y su cabeza se inflama con el fuego terrible de las pasiones rencorosas. No de otro modo, sobre una ciudad dormida, á la hora solemne que marca un dia pasado, que comienza un nuevo dia, la peste desplega lentamente sus alas sombrías, inmensas, terribles. Encima de estas alas, sostenidas por los muros que cierran la ciudad, la muerte se ha acurrucado y sopla en torno suyo vapores venenosos. ¡Y la ciudad, durmiendo siempre! A la débil claridad de su lámpara nocturna, el sabio vela y medita. En torno de una botella de vino generoso, cuyo uso moderado alienta el corazon, nobles amigos hablan del dulce sentimiento que los une.

El dia aparece en fin, y con él el espanto y la desesperacion. Los gemidos de la jóven prometida, que sigue el cortejo fúnebre, pueblan el aire; los huérfanos abandonados piden en balde dulces caricias, abrigo, pan, al helado cuers

po del que fué su padre. Expirando en medio de los restos inanimados de sus hijos, la madre maldice el dia en que nacieron, el dia en que ella misma nació. El sepulturero, pálido y desencajado, se pasea lentamente por entre los cadáveres amontonados, que no tiene fuerzas para enterrar. Él muere el último, y desde lo alto de las siniestras nubes, el ángel exterminador desciende á esta tumba inmensa, y se detiene en ella pensativo, silencioso, solo y satisfecho.

Previendo la horrible tentacion que el Príncipe de las tinieblas prepara á Judas, Ithuriel se le aproxima, alza los ojos al Cielo, y su pensamiento suplica al Eterno le perdone el último esfuerzo para salvar al infortunado que se confiara á su guarda. Tres veces toca con sus alas el cedro á cuya sombra está dormido Iscariote: el follage se agita produciendo un ruido semejante al rumor de la tempestad á través de un espeso bosque; el tronco sacudido hasta sus raices cruge como el rayo cuando estalla y cae. Pero Judas duerme siempre. Tres veces pasa el ángel cerca de él; bajo sus piés se estremece y tiembla el suelo. Pero Judas duerme siempre. A cada instante la palidez de su frente se hace más intensa, su semblante se altera y se cubre de sudor.

Ithuriel se aleja lanzando un sordo y prolongado gemido: es el himno de duelo y muerte, que los Cielos cantan sobre el alma inmortal próxima á ser presa de Satanás.

Engañado por un sueño infernal, Judas cree ver á su padre, y oir que le dice estas pérfidas palabras:

«¡Duermes, hijo mio, duermes con sueño tranquilo, como si nada tuvieras que temer del porvenir! Aprende, pues, á conocerlo, voy á descubrirlo á tus ojos. Ven, sígueme, yo te sostendré... Henos en la cima del monte... Mira cómo se desplega á tu vista el gran imperio que el Mesías

El sueño de Judas. — (Canto III).

va á fundar para sí y sus amados. ¿Ves á tus piés esa cadena de montañas, cubiertas de bosque, cuya sombra refresca un risueño valle? ¡La fertilidad de ese suelo encantado te admira! Aun te admirarias más, si pudieras distinguir el oro encerrado en el seno de esas montañas verdeantes. Esa fuente inagotable de riquezas es la parte destinada á Juan, el predilecto del Mesías. Y aquellas colinas cargadas de dorados racimos, y aquellos campos cubiertos de miés, que el más ligero soplo hace ondear como las olas del Océano, es la parte de Simon Pedro. Fija la vista en aquella vasta extension de país. ¡Qué poblacion tan numerosa se agita en sus brillantes ciudades, dignas hermanas de Jerusalem! Los cien brazos de un nuevo Jordan bañan sus muros, y sus serenas ondas les llevan sin esfuerzos ni peligros los inmensos tesoros que el universo les tributa. Allí elegirá el Mesías los reinos que destina á sus demás discípulos.

«Mira ahora aquella lejana comarca, inculta, estéril, desierta. Largas noches, vientos helados envuelven constantemente su suelo pedregoso, que apenas permite una vegetacion lánguida y triste; nieves eternas duermen en sus barrancos, y aves noctívagas graznan pavorosamente en las quiebras de sus riscos ennegrecidos por el rayo. Esa es tu parte, Judas.

«¡Te estremeces de cólera y de rabia! Pues bien, atrévete á ser el creador de tu fortuna y grandeza. Los jefes de Israel ódian al nuevo rey, que se obstina demasiado en permanecer pobre y despreciado, y han proyectado su muerte... Finge secundar sus designios, y entrégales el Mesías. No temas que lo inmolen. ¿No ha dicho él mismo que es hijo del Eterno? Oblígalo á mostrarse en todo su poder; que aniquile á sus enemigos y funde en fin ese floreciente imperio de que sin cesar os habla. Entonces

serás el secuaz de un señor temible, que te dará la parte que te destina. Por miserable que sea, tú la harás brillante; porque el oro de los jefes de Israel te habrá enriquecido anticipadamente, y tarde ó temprano tu reino superará en esplendor y poder al de todos tus rivales.

«No desoigas, ¡oh Judas! este paternal consejo; no me reduzcas á volver entre los muertos con el corazon lleno de dolor; no me condenes á llorar eternamente la vergüenza y el oprobio de mi hijo.»

La vision desaparece, Satanás se irgue orgullosamente, y Judas se despierta y levanta con precipitacion.

—«¡Es mi padre el que acaba de hablarme! exclama, ¡mi padre, sepultado hace tanto tiempo! Sí, era su voz misma, su mismo semblante. ¡Lo he visto y oido!... Es verdad, sí; Jesús me ódia: hasta los muertos lo saben... ¡Oh! yo haré lo que los muertos me aconsejan, pues solo ellos se interesan por mí. ¡Entregar á Jesús!... ¡á mi maestro!... ¡y bajo la fé de un sueño!... Ese fantasma que acaba de aconsejarme un crímen, ¿era en efecto mi padre? Hace tiempo que me persiguen, á pesar mio, envidiosos, culpables, malos pensamientos... Serán seducciones del Príncipe de las tinieblas, envidioso de la gloria destinada á los discípulos del Mesías?... Huid, dudas pusilánimes; tímidas hijas del miedo, no, no sucumbiré á vuestros ataques. Sed de gloria y de venganza devora mi alma enérgica; un sueño viene á prometerte la venganza y la gloria, y los sueños son sagrados...»

Júdas se interrumpe aquí. El semblante de Satanás brilla con alegría salvaje, y su mirada se detiene con la expresion del triunfo en el discípulo, á quien tiene ya seguro en el camino del crímen: así una roca suspendida por encima del Océano amenaza hundir la isla flotante, que, empujada

por las olas, pasa bajo su sombra. Pero el rayo hiere la roca, y la lanza al fondo de una sima que ocultan las aguas. Al estrépito de su caida, la isla se estremece de alegría, y sus más altos árboles se inclinan, saludando al rayo vengador.

Cuidadoso de acabar su obra, Satanás deja ya el monte de las Olivas, se cierne sobre Jerusalem, y se detiene por encima del palacio de Caifás. El corazon de este gran sacerdote no le parece aun bastante pervertido, y va á seducirlo con uno de esos sueños que engendra la perfidia en el fondo de los Infiernos.

Judas ha quedado inmóvil y pensativo al pié del monte. Un nuevo dia acaba de nacer; Jesús se despierta y sale del lugar de los sepulcros. Juan lo sigue, y los dos van á reunirse con los discípulos aun dormidos.

Deteniéndose cerca de Lebbeo, el Mesías le estrecha amistosamente la mano.

—«Tierno y piadoso amigo, le dice: yo soy, mira, estoy vivo.»

El discípulo abraza las rodillas de su maestro, llorando de alegría; después va á despertar á los otros discípulos, que acuden con presteza.

El Mesías los acoge con sonrisa melancólica, y les dirige la palabra con una voz llena de dulce majestad:

—«Venid, amigos mios, les dice; celebraremos juntos este dia, cuyo fin será el más triste de los ósculos de despedida. Venid, Saron (1) nos está abierto aun, el Cielo

(1) Antigua ciudad de la tierra de Canaan. El valle en que estaba situada, tenia el mismo nombre. Citase muchas veces en la Biblia, á propósito de la reparticion de las tierras entre las doce tribus de Israel. Isaias, en su *Expulsion de los judios*, dice que el Eterno dará su pais á sus elegidos, que Saron será para las cabañas del ganado menor, y el valle de Hacor para el mayor. Isaias, cap. LXV. Á este pasaje del profeta hace Jesús alusion, pues las calamidades que deben arrojar á Israel del pais de sus padres, no han ocurrido aun.

derrama todavía sobre esta risueña comarca la dulce bendicion de su rocío matutinal, el cedro extiende aun su sombra sobre la tierra que lo sustenta; veo aun el sello de la Divinidad en los semblantes humanos. En breve nada de esto existirá: muy luego el Cielo se oscurecerá, muy pronto los abismos se tragarán esta fértil region, y los hombres no tendrán para mí sino miradas de ódio y palabras de maldicion. No llores, Pedro; ni tú, Lebbeo, que harto me has llorado esta noche; enjuga tus lágrimas: ¿no estoy yo contigo? La tierna vírgen se aflige al lado de su prometido? Todos me volvereis á ver, y entonces vuestra alegría será semejante á la de los tiernos hijos que encuentran á su amada madre después de una larga separacion.»

Dijo, y una paz celestial brilla en su semblante; pero en su corazon las angustias y padecimientos de la redencion son cada vez más penetrantes.

Luego se dirige á Jerusalem, acompañado de todos sus discípulos; de todos nó, pues Judas no lo acompaña. Ha permanecido separado de su maestro, y sin embargo, no ha perdido ninguna de sus palabras.

—«¡Cómo! exclama siguiéndolo con la vista: ¡sabe que este será para él un dia funesto! Pues que prevé el porvenir, tendrá poder para sustraerse á sus enemigos y acabar su obra... Pero ¿sabe tambien lo que yo intento hacer?... ¡Ah! ¡Si mi sueño me hubiera engañado! ¡Si Jesús no hubiera hablado de su próxima muerte más que para aumentar mis tormentos! porque me ódia y... ¡Maldito sea el lugar en que me he dormido! ¡Que en él degüelle un hijo á su padre, y extinga en él la luz de su vida una víctima del Infierno! ¡Maldito, maldito sea el dia en que Jesús me recibió en el número de sus discípulos! Unico dia risueño de mi horrible existencia, ¡que ningun mortal te recuerde nunca! ¡Que el

mismo Eterno te olvide! ¡El Eterno! A este nombre terrible ¡qué espanto me penetra hasta los huesos!... ¡Judas! ¿quién eres tú? ¡Judas! acuérdate de tu noble orgullo, y tu ambicion real te elevará por encima de la amistad parcial de Jesús y sobre los lazos y asechanzas del demonio!...»

Así exhala Judas su rabia y su terror. Desde la vision que Satanás ha puesto ante sus ojos para perderlo, se ha acercado á la eternidad dos horas terribles, irreparables.